

SOBRE EL “VOLTERIANISMO”

Decían los antiguos, y yo no soy quién para contradecirles, que la circunferencia era la figura más perfecta que existe. Sin duda, al menos, es la más democrática. Cada punto se encuentra a la misma distancia del centro. Y deben tener razón cuando los peripatéticos, redundando en la misma opinión, dan vueltas a los problemas esenciales para dejar evidencia que éstos no tienen un final. ¿Acaso entendemos de veras el vacío del cero y ese doble cero que representa al infinito? Pero la conclusión de esta idea es terrible: si la circunferencia es la perfección, y ésta no se entiende, el mundo es incomprensible. No hay que darle más vueltas. Tal vez por ello los científicos, aburridos de la metafísica, se han bajado del carrusel del pensamiento. Saben que la tierra gira en torno al sol, pero no saben por qué la tierra debe girar en torno al sol. Ellos se contentan con dar explicaciones secundarias, salir del paso sin la pérdida de su reputación. Como esas respuestas que damos a los niños preguntones cuando agotados por la inquisición ya no sabemos qué decirles. “Luisito, los caimanes son planos porque les ha caído un hipopótamo encima”. Volvemos al mito, pero sabiendo que mentimos.

Sin embargo, algunos hombres tercos no se contentan sólo con la verosimilitud. Quieren la sabiduría. Y en torno al maestro, como sentados en un disco, se arremolinan los discípulos. La escolástica, con sus aulas cuadrículadas, supone ya el manierismo de la filosofía. Tal vez por eso el aula magna, la más grande de las aulas, sea también un hemiciclo teatral para dar así testimonio de que somos únicamente los espectadores de la obra de un autor desconocido.

Pablo Galindo Arlés
21 de noviembre de 2018